

### CAPITULO III.

#### EL OLVIDO DEL PORVENIR.

El casamiento se efectuó, y tuvo lugar en la iglesia de Santo Tomas de Aquino.

Hubo una multitud inmensa en aquella ceremonia.

Nunca como entónces se habia sentido tan feliz, tan complacida en la vida, la señora de Péreux. En efecto, desde aquel momento creia que ya no tenia nada que temer por su hijo, y sus mismos antiguos pensamientos servian ahora solamente para realizar, por decirlo así, la felicidad que gozaba.

Las comadres del barrio platicaban entre sí.

—¡Qué linda es la novia! decia una, y tenia razon, porque Antonina, amante, conmovida, orgullosa por lo que habia hecho, soñando con la felicidad desconocida que le iba á venir de su marido, olvidándose del porvenir anunciado, aparecia con todo el brillo de su juvenil hermosura.

No separaba su mano de la de Edmundo, que le respondia con una de esas sonrisas imposibles de describir.

—¡Qué pálido está el novio! decia otra comadre ¡la emocion sin duda!

—La emocion no pone á uno tan pálido—así replicaba otra vieja que se hacia distinguir por el enorme volúmen de su abdómen—cuando yo me casé, estaba muy conmovida, pero aseguro á vdes. que no estaba tan pálida. Está enfermo ese jóven; no hay duda... mírenlo vdes.

—¡Pobre jóven! esclamaba otra vieja.

—Es lástima... son tan gallardos ámbos novios...!

Nichette oia toda esta conversacion; porque, como deben vdes. figurarse fácilmente, la modista no habia querido perder esta ceremonia; pero las palabras de las viejas llenaban de amargura la felicidad de que podia disfrutar.

—¡Cuántas gracias doy á Dios, pensaba ella, de que no se pueda decir otro tanto de Gustavo...!

Y la modista oraba por su amigo, ya que por fortuna no tenia necesidad de hacerlo por su amante.

Tan luego como la misa del casamiento hubo concluido, se dirigieron todos á casa de la señora de Péreux, adonde habian sido convidados algunos amigos, y el dia se pasó en felicitaciones y buenos deseos de todas clases.

Nichette solamente faltaba en la fiesta, y sin embargo, ella había sido la primera en quien había pensado la señora de Pèreux. Ella había sabido todo lo que la modista hiciera por su hijo, y hubiera creído ser ingrata, no haciéndola asistir á aquella felicidad, debida en gran parte á ella; pero Nichette, que además de un muy buen corazón, poseía un talento regular, no había aceptado el convite de la señora de Pèreux.

Gustavo, que, como siempre, había sabido apreciar la delicadeza de aquella clase de escusas, prometió á su querida ir á pasar con ella el fin de aquel venturoso día.

Por la noche, Antonina y Edmundo se retiraron al aposento que este había tomado contiguo al de su madre; y la señora de Pèreux no se acostó sino hasta después de haber dado gracias á Dios con todo el fervor de su alma religiosa y entusiasta.

Se había hablado de ir á pasar el Estío al campo; pero el señor Devaux, para quien la curacion de su yerno había llegado á ser un objeto de estudio constante, dijo á su hija:

—Dí que prefieres quedarte en París, para que tenga constantemente á la vista á Edmundo, y pueda estudiarlo fácilmente. Ya veremos si en el Otoño tienes deseo de ir á pasear por Italiano.

—Padre mío, le había preguntado Antonina,

si se puede salvar por fin á Edmundo, ¿cuándo lo sabremos. . . . ?

—Si logro mi objeto, contestó el señor Devaux, dentro de un año estará Edmundo fuera de todo peligro.

Estaba, pues, resuelto que permanecería en París, y el señor Devaux había comenzado su obra con la ayuda de su hija y de Gustavo. La curacion de Edmundo preocupaba á todos los que le rodeaban, escepto la madre, que llena de esa ilimitada confianza que Dios concede frecuentemente á los padres, se reía de sus antiguos temores, y se arrullaba en la noche con la dulce realidad del día.

No desconocía Edmundo el cuidado de que era objeto. Pero había arreglado la vida para dos ó tres años, y no veía mas allá de su término. Su única atencion era la de ocultar á su madre lo que él sabía, y el hacérselo olvidar á su muger por el mas largo tiempo posible.

—¿Habeis conocido algunos enfermos del pecho que conociesen su estado? ¿Habeis notado qué aspecto tan distinto tiene para ellos la vida, del que tiene para los que cuentan con largos años de existencia? Sus ojos, á los cuales por el presentimiento de la muerte Dios descubre una parte del velo de la eternidad, perciben á los seres y á los objetos bajo un aspecto enteramente particular y que los circun-

da de poesía. Ven con el alma mas que con el cuerpo. Sus sensaciones tienen cierta instantaneidad eléctrica. Lo que á otros no mueve sino despues de meditarlo, á ellos los mueve á primera vista. Podria decirse que su alma comprimida en el pecho, procura constantemente elevarse, y que desde la altura á que alcanza, distingue lo que no ve el vulgo. Lleva á mayor altura su alma que su cuerpo, y esto explica su muerte fácil, porque cuando se acerca la hora suprema, hace tanto tiempo que la parte inmaterial de su ser se ha separado de la corteza corporal, que se arranca sin esfuerzo, sin dolor, y la abandona, como se abandona un adorno muy pesado.

Tienen esos hombres, como hemos dicho, ménos tiempo que vivir; pero pueden vivir mas de prisa. De todas las enfermedades que Dios ha destinado para el hombre, y que nos quitan algo de nuestra fuerza á cada paso que damos, esta es sin duda la mas poética, la mas dulce, la mas simpática; y esto es porque es la única que tiene una influencia directa en el alma. Las otras no son mas que vejez material; y esto es una prueba de la inmaterialidad del alma: ella ha hecho algunos poetas.

Los que la padecen, tienen como el enfermo de Millevoje, que es Millevoje mismo, una incesante necesidad de acercarse á la naturaleza; esa primera fuente de la vida. Para ellos

los árboles tienen una sombra particular, las aves un canto que solo ellos comprenden, el sol un calor que no conocen los demas hombres. Ven un beneficio de Dios, en donde los otros no ven mas que un suceso natural. Su rostro acaba por retratar la melancólica poesía de su espíritu. Concede á los padecimientos ajenos la piedad que ellos mismos escitan. Son indulgentes y fáciles para perdonar, porque están cerca del Señor. Si la naturaleza les ha dado la facultad de reproducir físicamente las sensaciones que les causa la vida, su talento se exalta y engrandece, y se tiñe de matiz pálido y trasparente como el rayo de luz de una estrella, y es perfumada con el invisible aroma de una flor oculta. Escuchad á Bellini; leed á Millevoje, y encontrareis en la música del uno, y en los versos del otro, un indefinible sentimiento lastimoso y melodioso, que ha sido toda su vida su existencia.

Como sienten que el porvenir les está prohibido, hablan siempre de lo pasado.

El rayo que ilumina su ruta mundanal, colora con un tinte mágico todos los objetos que han encontrado al paso, y que se graban en su memoria. A su pesar casi se acuerdan de todo, y esto es porque su memoria viene de su corazón. La poesía, inherente á su enfermedad, es tan suave, tan grande, tan agradable, que cuando mueren, cuando saben su próximo

fin, la idea de la muerte se les presenta, mas no terrible, ni siniestra ni asquerosa.

Quando se oye decir: tal persona ha muerto de una enfermedad de pecho, se la representa uno fria, es cierto, pero mas bien en la actitud del sueño que en la rigidez de la tumba. La imagen no se desfigura en el espíritu; privilegio maravilloso de la juventud que vive aun mas allá de la tumba. Hé aqui, sin duda, por qué los antiguos tenían un respeto tan profundo por los que morian jóvenes: llamabanlos los amados de los dioses; cubrian su tumba de flores, como un lecho nupcial, y se acordaban de ellos generalmente en sus momentos de felicidad. Esas fantasmas juveniles atravesaban su mente sin turbarla, como esas nubecillas blancas que vagan por el cielo sin empañar su azul purísimo.

Nosotros hemos heredado de los antiguos ese sentimiento; y cuando hacemos memoria de nuestros amigos que han desaparecido de la tierra, recordamos con mayor placer y mas facilidad aquellos a quienes la muerte arrebató antes de llegar a su vejez, esa primera mortaja, triste, fria, que la memoria rechaza instintivamente. Las lágrimas que concedemos a esta clase de memorias son juveniles como las personas que nos las causan, y es muy raro que un hombre que ha vivido ya cuarenta años, y que llora un amigo de veinte, no diga un dia

pensando en las miserias que acompañan a la vida. ¡Dichoso aquel que muere en la cuna de sus ilusiones!

En fin, y éste es el mas grande, el mas inestimable presente que Dios ha concedido a los enfermos del pecho; saben amar.

Cualquiera que sea el objeto de su amor, lo amarán mejor que lo que pueden hacerlo los demás hombres. Hallan en la muger lo que los poetas buscan, y lo que Dios ha escondido en ella. Su amor es una mezcla de entusiasmo, de melancolía, de contemplacion y de reconocimiento. Podrá morir con ellos, mas jamas ese sentimiento envejecerá. La naturaleza les concede para amar una energia extraordinaria, que las mas veces les apresura la muerte; el fuego es demasiado grande para el hogar, y concluye consumiéndolo.

Pero, hasta que la muerte venga a helarlos, tratarán de estrechar contra su pecho la mano de la muger a quien han escogido.

Amarán, en fin, como todas las mugeres quisieran ser amadas. Su amor será una sonrisa eterna, porque no tendrá tiempo de enfiarse, y no llegaran a la época en que el hombre puede mirar con indiferencia a la muger a quien mas ha amado. Volaran de este mundo con la creencia de que hubieran podido amar siempre de la misma manera. Se dormirán arrullados por las ilusiones de su alma. Se desvanecerán

como un hermoso día de primavera en medio de los cantos, entre las flores, entre el murmullo, y sin haber visto caer sus hojas, ni extinguirse sus perfumes bajo el soplo del invierno....

De esta manera era como Edmundo amaba á Antonina.

¡Qué felices, qué encantadores fueron los primeros momentos que pudieron pasar juntos, olvidados del mundo, olvidados de sí propios, y no pensando mas que el uno en el otro....!

Se recordarán todas las esperanzas que habían nacido en el corazón de Edmundo cuando vió á Antonina en la iglesia. "Puede ser que un día sea mía," se había dicho. Aquel día había llegado: ¡Antonina era suya!

En aquella época ignoraba todavía hácia qué destino corría; mas lo conocía ahora, y un instante arrebatado á su amor, le hubiera parecido un robo hecho á su felicidad.

—Ella es mía, pensaba Edmundo; pero yo soy suyo hasta que la muerte venga á hacerla libre....

Y amaba á Antonina con todo su pensamiento, con todas sus facultades, con todo su corazón. Todo lo que él poseía, todo lo que sentía era para aquella hermosa niña, y su presencia le hacía estremecer....

Cuando él estaba cerca de ella, su vista no perdía ni el mas ligero de sus movimientos; su corazón palpitaba dentro de su pecho; sus labios

se entreabrían como para cantar; mil ideas celestiales se despertaban en su mente, y percibía su eco como una casta melodía arrancada del coro de los ángeles, inocente como el trino de las aves. Nada le era indiferente en su muger, y su alma la reflejaba sin cesar....

Había mandado hacer para ella una piececita, dulce, suave, tapizada como un nido, y dentro de la cual hubiera querido encerrar la naturaleza entera. Las paredes y el techo habían desaparecido bajo la seda, y los pies se hundían entre los luengos vellones de lana de la alfombra, como entre la yerba de los prados.

Un pájaro hubiera podido volar entre las cuatro paredes de aquella jaula perfumada, sin correr el riesgo de lastimarse las alas. Todos los muebles estaban forrados, y se hundían en ellos la mano como sobre el musgo. No hubiera podido percibirse una pulgada de madera en todo el aposento; y por do quiera se recreaba la vista, ora en las flores bordadas sobre el tapiz, ora en las flores naturales que deramaban un tenue perfume desde sus vasos de porcelana, todos ricos de colores, de formas preciosas.

—No quieres ir al campo, había dicho Edmundo á su muger; pues bien, yo quiero que el campo venga hácia tí, y no solamente durante el Estío, sino tambien en el Invierno.

Durante horas enteras nuestros dos aman-

tes se encerraban en aquella pieccecita umbrosa y cuyas celosías bajadas no dejaban penetrar más que una media luz, semejante al crepúsculo de un día de Junio.

Edmundo no quería que una mano extraña tocara ni aun el vestido de Antonina.

—Mientras yo viva —la decía— nadie ni aun una recamarera se te acercará. Esto no es celo, es puro egoísmo. Me parece que el contacto de los extraños te arrebataría alguno de tus perfumes.

Así pues, cuando Edmundo salía con su muger, hubiera querido llevarla en brazos hasta el coche para que no tocase el suelo con sus pieccecitos. La cubría lo más que podía, á fin de ocultar toda aquella hermosura que no era y que no debía ser conocida más que de él solamente. La acostaba en su coche como á una niña, y ámbos decían al cochero que les preguntaba adónde debían conducirlos: "Al campo."

Por la noche era cuando tenían lugar estos paseos sentimentales; generalmente hasta las dos de la mañana caminaban así, entregados á todo el encanto de la naturaleza.

Algunas veces Edmundo decía á Antonina: Canta; y ántes de que la canción hubiera terminado, la había aspirado, recogido en un beso sobre los labios de la joven.

En fin, volvían de su paseo. Entonces de

Péreux adornaba á su muger para el sueño; esta era su espresion.

Una noche, mientras ella dormía, salió, fué á comprar todas las flores que pudo hallar en casa de las floristas, y las deshojó sobre el lecho de Antonina. Cuando esta despertó, se halló cubierta de rosas.

No sabía qué inventar. La creaba la vida que llevan las *Criollas* en las colonias. Era para su muger lo que hubieran sido apenas veinte esclavos. Permanecía horas enteras mirándola durante su sueño, y se decía á sí mismo:

—Todo esto es mio: ese cuerpo y esa belleza me pertenecen. Ese seno juvenil y torneado, que se agita suavemente como una hoja de rosa mecida por el aurora de la mañana; esas espaldas blancas y tersas como las de la *Venus de Milo*; esos ojos entregados por el sueño, pero que al abrirse me buscarán; esa boca entreabierta como una cajita de perlas, que deja entrever lo que encierra; esos hermosísimos y luengos cabellos, que se deslizan como un río de ébano. . . . todo esto, todo es mio. . . . solo mio. . . . Ningun hombre ántes que yo ha dicho á este ser hechicero lo que á mí es permitido decirle á todas horas. Su memoria no guarda más que un nombre de hombre; el mio! No vive más que por mí, para mí, como yo para ella. . . .! ¡En dónde hallar felicidad mayor. . . . placer más completo. . . . sensaciones más puras, celestiales y ciertas. . . .?

Luego Edmundo, que dejaba correr libremente sus ideas, solia decirse:

—Y pensar que será necesario que un dia yo abandone toda esta felicidad...! ¿Qué hará entónces mi adorada Antonina? ¿Permanecerá fiel á mi memoria, ó esta necesidad de amor que derramo imprudentemente en su seno, la dominará hasta tal punto, que me olvidará en los brazos de otro...? ¡Horrible pensamiento...! ¿Que otro hombre posea este tesoro como yo lo poseo...! ¿Y podría ella decirle las mismas palabras que á mí...! ¿Y él podría contemplanla como la contemplo yo en este momento...! y al despertar, la mirada de Antonina buscaria un rostro que no sería ya el mio... sus manos estrecharian una mano que no sería la mia... mientras que yo, pálido y desfigurado, dormiria en la tierra húmeda, olvidado de ella...! Mi nombre no le recordaria mas que un deber, y de vez en cuando vendria á arrojar una corona, y á hacer una visita á mi tumba solitaria... ¡Oh...! esto es imposible... y sin embargo, probablemente es la verdad, porque esa es la naturaleza del corazon, que tiende á olvidar todo lo que ha amado, cuando el recuerdo de lo que ha amado puede causarle dolor, ó arrojar una gota de hiel en sus goces presentes...! Y esto podrá suceder dentro de tres años... acaso dentro de dos... dos años que habrán pasados rápidos como dos

minutos. Ay! ¿Por qué cuando llegó á mis oidos la fatal noticia de mi enfermedad, por qué, no me precipitaria hácia adelante, sin mirar ningun objeto...? ¿por qué he comenzado una vida de felicidad, á cuyo término no podré llegar, y que me hará morir en medio del llanto y de la desesperacion...? ¿En dónde hallar un hombre que me haga vivir... que vierta su sangre juvenil y fecunde en mis venas...? ¿Hay tantos que viven inútilmente para sí y para el mundo...!

Y cuando Edmundo llegaba á esta parte de sus crueles meditaciones, se daba golpes en el pecho, y despertando repentinamente á Antonina, la decia:

—Repíteme que me amas, y que muerto ó vivo serás fiel á mi memoria como á mi amor.

La jóven se arrojaba entónces á los brazos de su marido, y aquella tristeza se iba á reunir con todas las tristezas que se han desvanecido al soplo de una muger.

Por lo que hace á Antonina, era tan dichosa como puede serlo una criatura humana.

Desde que se habia casado parecíala que su alma habitaba una nueva esfera, que respiraba un aire mas puro, cargado de aromas des conocidos, hechos para ella solamente.

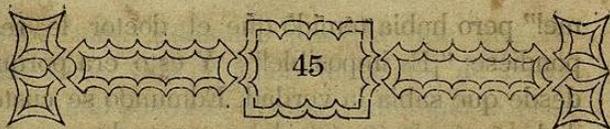
Aquel amor continuo, rendido, del cual ella era el objeto, tan nuevo para su alma vírgen, habia abierto todo su ser, por decirlo así, á las ardientes emanaciones de la vida.

Se hallaba moralmente en ese estado de bienestar que se experimenta en un baño del Oriente, cuando de una temperatura elevada se pasa á otra mayor hábilmente impregnada de perfumes, y á traves de la cual llega á los oídos una armonía suave como las emanaciones de la mirra. Antonina se sentia llevada por la vida como sobre una de esas nubecillas que atraviesan por el cielo, blancas como un copo de algodón, arrastradas por el viento.

Todo á su alrededor era dulce, radiante, ligero. Como un cisne, se deslizaba sobre las aguas de lo presente.... y cuando algunas veces, como su marido, llegaba á temer el porvenir, su padre la decia:

—Espera.... todo va bien.

Pero estos tristes pensamientos no la acometian sino muy rara vez, porque su existencia flotaba en un vapor de felicidad, si se nos permite esta frase, semejante á esas neblinas color de rosa que vagan por la mañana sobre los prados, y á pocos instantes borrran todos los horizontes aun los mas cercanos.



CAPITULO IV.

**NEZA.**

¿Creeis que haya un hombre que pueda decirse: Tengo tanto tiempo de vida; voy á pasarla lo mas dichosa que pueda, y cuando venga la muerte, léjos de espantarme, la aguardaré como una víctima resignada, que recibe el golpe sonriendo?

No; creer en un sacrificio hecho con tanta facilidad, seria negar ó desconocer la naturaleza humana. El hombre no podrá consentir nunca en limitar sus esperanzas, sino despues de muy rudos golpes.

Así, pues, como ya lo hemos indicado, habia dias, en que al pensar en el porvenir, en ese porvenir tan próximo al cual debian la felicidad presenté, pero que á cada instante se disminuia y se perdia en el abismo de lo pasado, Edmundo se golpeaba el pecho y se mesaba los cabellos..... Mil veces habia pensado ir á buscar al señor Devaux y decirle: “¡Salvad-